

P A R I E N D O P A L A B R A S

Taller de creación literaria

*XVIII Congreso de la AILCFH en Agnes Scott College.
Atlanta: Octubre 2008.*

Participantes:

Isabel Asensio.

Weber State.

Pía Barros.

Escritora invitada.

Natalia Crespo.

Michigan Technological University.

Ana María Díaz Marcos

University of Connecticut.

Cecilia Mafla Bustamante.

Minnesota State University Moorhead.

Moderadora: Marisa Estelrich

http://fis.ucalgary.ca/ACH/Registro/Marisa_Estelrich/index.html

Escritos

Isabel Asensio

Yo tenía un nombre y venía de alguna parte dejando atrás un camino al que no me gustaría volver. He seguido, o más bien tomado, otro camino que no es otro esencialmente sino el mismo, el mismo camino de mi vida. Diría entonces que lo que hice fue darle un giro al camino, ponerle una curva que me ha llevado a donde estoy ahora. Detrás de esa curva queda otra Sofía que no quiero, no quería ser. Esa Sofía seguía andando por el camino por inercia y más bien porque se lo decían. Era guiada por todos aquellos que lo seguían y le decían que ese era el correcto porque así lo habían hecho sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos, y se lo debía a ellos. Pero ¿por qué narices se lo debo? ¿Qué pasa si no lo sigo? Y ahí empecé a dibujar la curva en el camino que me ha traído aquí. Y estoy, y soy feliz por haber hecho ese movimiento geométrico.

Todo es silencio y humedad. Mi cuerpo está arrugado y entumido por el líquido y la posición inmóvil durante meses. Todo está tibio, una tibieza que adormece. Todo es ligereza. Floto como una hoja caída en un río al empezar el otoño. En la fluidez, mis manos tocan mi boca y la descubro. Mi boca es un agujero que se abre y cierra cuando quiero. ¿Qué hay dentro de ese agujero? Es una masa de carne cubierta por un cielo. Es una masa inerte que cuando se abre la boca toma vida para emitir sonidos; lengua y boca conectadas como mi madre y yo lo estamos: unión umbilical.

Sigo flotando y una inquietud me invade de repente. Mi cuerpo comienza a girar y mi boca comienza a abrirse poco a poco. Mi lengua despierta del sueño y también empieza a querer moverse. Ahora todo es opresión y tensión. Me siento incómoda y cada vez más fría y seca. Ya no hay silencio ni oscuridad sino ruidos y luz. Ahora sí, ahora mi boca y lengua se compenetran; mi boca se abre más que nunca y algo arranca de mi interior que sube hasta rozar mi campanilla y salir por la abertura de la boca: es mi llanto. Acabo de nacer.

Criptonesia

Pía Barros

Llevaban allí ese tiempo indeterminado que los torturadores dedican a sus guerras. A ratos, en el hacinamiento alguien miraba la rendija de luz y susurraba “la playa es de arena blanca, el sol enceguece y el agua tibia hamaca los sentidos”, entonces se podía sentir el rumor de las pieles dorándose al calor del trópico. A veces otro, ante la luz parpadeante “Los relámpagos iluminan el verde sureño y el olor de la tierra abriéndose a la lluvia adormece bajo el edredón cosido por las manos de mujeres que hace un instante canturrearon Duermeteniñoduérmeteya y ahora revuelven calderos de los que emanan olores a mermelada de murta...” (el que decía esto era el más joven, un muchacho de ojos húmedos), así esa brizna de luz construía el tiempo de afuera y los unía como una sola argamasa de placeres acunados en la voz de las palabras.

El día en que los torturadores se cansaron de esa guerra y decidieron retirarse a disfrutar de las riquezas robadas, apretaron el botón que abría las puertas de las celdas. Desconfiados, solemnes o asustados, de a uno, en parejas o en grupos, fueron abandonando los cuartuchos gélidos.

Los de la celda nueve caminaron con los demás, a esperar la siguiente guerra o infortunio.

El último en salir fue el muchacho, desencantado de que toda la luz que entraba al cuarto fuera sólo eso: un derroche de luz. Al llegar a la puerta miró afuera y ese afuera le pareció insulso y menos conmovedor de lo que añoraba. Regresó a ovillarse a su rincón.

Poco a poco, vio como los demás también regresaban casi en puntillas, como si guardaran un secreto inconfesable. El más viejo cerró la puerta tras él y luego de limpiarse el exceso de luz de los ojos, pudo ver la migaja brillante en la rendija y comenzó “La playa es de arena clara...”

Antes de acurrucarse piel contra piel el muchacho pensó que la libertad es una cosa muy rara y que sólo tiene sentido cuando se aguarda por ella. Después, junto a los otros, nadó en aguas turquesa y se hamacó en el desesperado arte de pertenecer.

Tanta intemperie

Natalia Crespo

Tengo tanta intemperie atascada en el útero
en la mirada
en el murmullo y en el llanto
en el musgo del alma
tengo tanta intemperie atascada
en las yemas de los dedos manchados
con grises cenizas de esperma
en la retina con mortaja retenida
que me parte al medio la intemperie
como el rayo al árbol.
Tengo tanta intemperie atascada
en la punta del paladar
en las palmas
en las plantas de los pies
que esto es el principio de todos mis abismos
tengo tanta intemperie
asolada, sola, desolada
tanta intemperie para nada
para nadie que venga esta noche
sigiloso, a oscuras,
a costalearme los vértigos.

"Para Francisca y Amelia."

Una india piel roja

Ana María Díaz Marcos

¿Estoy en el útero de mi madre o es mi hija la que se está gestando? ¿En qué momento empieza un embrión a meterse el dedo en la boca? Reclinarse, nadar, flotar en agua transparente. Ser absolutamente ingrávido, un astronauta que sólo oye sonidos mitigados y siente la luz de la playa colándose a través de su piel. Los filtros de un mundo que todavía no es mío, sólo una guata suave y envolvente. Una fotografía en blanco y negro, un test con dos rayas rojas, una enfermera que no sabe qué cara poner. Como si se pudieran cometer deslices de esa magnitud. Puedes errar en cualquier otra cosa, equivocarte, hacer las cosas a destiempo. Pero no esto. Un embrión de centímetro y medio donde sólo puedo localizar los brazos y un ojo. Pero luego me dijeron que aquello no era ni el ojo ni los brazos. Todavía me empeño en ser madre en vez de hija a pesar de que no volví a dormir durante un año, que dejé de leer, usar tacones y pintarme las uñas, que escribía como un fantasma a las cinco de la mañana, cuando la ciudad duerme.

Una india piel roja crece salvaje y, frente a eso, mi madre era un lugar anterior a todo, donde el mundo es dulce y no pesa, puedes dormir o escuchar música, las horas no significan, no se cuentan. Nadie exige, fuerza, reclama. Como un dinosaurio fuera del tiempo, un animal mitológico, algo tan pequeño e insignificante, un dragón fabuloso. Así te imaginaba mientras iba doblando trocitos de tela que no fueran rosa y ahora que lo pides todo de princesa –púrpura, lavanda, chicle, lila, rosa– me pregunto si no soy la causa de un trauma colorido porque a todas las niñas las visten de rosa, menos una madre feminista poco rosada. Niñas-princesa que habitan un castillo donde el unicornio –en tu honor, hija– lleva una corona morada y lanza bocanadas de culebras. Un castillo donde siempre estaba la mano fría de mi madre en medio de la fiebre, la mano en la nuca cuando no podías levantar la cabeza. Y en la cocina hervían macarrones con chorizo o lentejas. Esa obsesión por comer pescado y todo el atún encebollado de la costa que habrá traspasado la placenta. No hacerse la amniocentesis y soñar con el arco de tus cejas. Oír el corazón como un galope, ver la cara pegada a un cristal, esa misma cara. Un cristal dulce, ámbar, un cristal resbaladizo, caliente, donde apoyar la cabeza y quitarme los zapatos. Huele a cocina de carbón y algo en el horno, el mismo horno donde nos estamos cocinando poco a poco.

El arco de las cejas y pensar que ya te conocía. En cambio, mi madre no pudo verme hasta que fui corcho de botella. Antes de eso saltaba en el colchón más mullido, el mundo perfecto donde hay mariposas y esferas, donde nada es tuyo todavía. El sistema solar en relieve. Te quiero hasta Saturno. Los peces que nadan libres sin que los pesquen mi padre ni tu tío. El acuario perfecto donde flotan las belugas y ese chorro de aire y agua que sale por la superficie, nos da risa y nos moja la cara antes de volver a las profundidades azules, a la belleza mortal de los ahogados. Una sirena, pero que no cambie su voz por unas piernas. Que no haya príncipe. Que mueva su cola mágica de pescado para ir a todas partes. El póster de la sima submarina del Cantábrico, la foto de los animales de la Patagonia, los pingüinos y las focas, los cuadros de los peces tropicales. ¿Serás más bien sirena o bióloga marina? Serás lo que quieras, lo que te dejen,

pero por un instante fuimos todo. La unidad absoluta, la carne desparramada, la barriga monstruosa, las piernas hinchadas, el seno de mi madre. Ríos de lava y leche. Una cánula fina que nos traspasa. Leche, no biberones, ni chupete, ni dormir seis horas. Las madres somos resignadas, sufridas, se espera eso de nosotras. Pero mi pecho era el mundo, la tierra y yo era libre, era mi cuerpo. Libre de todos menos de la india piel roja que ahora pretende caminar solita entre brujas terribles y hombres del saco que espían en los supermercados. Al acecho. Al acecho de las niñas princesa, en los laberintos del maíz. Ya no estoy en el cristal –o sí, pero de otra manera, en otro vidrio diferente, el unicornio y los papeles me han raptado para siempre– ya tu frente no se pega a mi útero, pero todavía hay un río de sangre y leche. Hay calabazas y duendes y hombres malos que se llevan a las niñas. Pero también hay ciertos venenos, peligros más refinados, la exigencia de ser delgada, eficiente, impecable, perfecta, la más inteligente y aplicada. Y, sobre todo, comprar la casa más grande. Figúrate, con lo pequeño que fue mi útero y el útero de mi madre.

El tren de la memoria

Cecilia Mafla Bustamante

Unos cuantos cabellos grises me acompañan en este recorrido de regreso. Digo adiós a los árboles que danzan agitadamente al ritmo del viento invernal. Los cristales de sus ramas desnudas brillan bajo la luz de la luna, mientras la nieve, como un velo de tul, se desliza suavemente por la calzada. El tren de la memoria me lleva hacia el sur por caminos conocidos: pasan los altos cactus en los ardientes veranos de Arizona, las playas blancas parcialmente sumergidas en la turquesa del Caribe, veo los picos ancianos de los Andes, pero también desfilan ante mí la adolescencia de mis hijas, sus juegos infantiles, promesas ante un altar, los jóvenes enamorados del colegio, mi primer beso en una playa distante de las Galápagos, mis gruesas trenzas de niña, mi primer día de escuela. Me detengo en la terraza de la abuela y veo mis pies saltarines de cuatro años dando vueltas en una ronda. Voy tomada de las manos de mis hermanos en aquella tarde lluviosa y coqueta con su diadema de colores, mientras en el piso de abajo viene al mundo mi cuarto hermano.

El tren se ha detenido. Debe ser éste mi primer recuerdo. Intento ir más allá sin ningún éxito. Mi imaginación logra que continúe este viaje de regreso. Todo está oscuro. Me cobija un manto líquido y tibio. Ha penetrado en mi piel o yo en él. Las paredes lisas forman una esfera, un universo que es mío propio. Siento la seguridad de estar en casa, pero a la vez me siento presa. No puedo moverme. Los brazos y piernas se han recogido formando ángulos. Mi cuerpo se ha adaptado a un espacio circular y reducido. Oigo un constante latir e intuyo que me da vida, pero también me enloquece. Debo salir. No aguanto esta reclusión. Intento buscar la salida, pero mi cuerpo es demasiado grande. Logro dar un trampolín y siento que mi cabeza ha entrado en un orificio que me aprieta. Me impulso y siento que alrededor de mí algo se contrae y me empuja hacia afuera. Mi cuerpo ha perdido fuerzas e inútilmente trato de mover los brazos y las piernas, pero la pared se aprieta contra mi cuerpo estrujándome. Oigo afuera una respiración agitada y rítmica y durante estos segundos la contracción cede, pero luego vuelve aun más fuerte y me expulsa. Me deslizo fugazmente por un canal resbaladizo y desemboco en las manos de alguien. Hay una luz cegadora.

“Es una niña”, dice la mujer que me sostiene. Oigo otras voces, risas, y hasta llantos. Una brisa fría me recibe, pero enseguida una manta tibia y suave cubre mi cuerpo. Unos brazos me estrechan con ternura y me dan seguridad y sosiego. Siento el beso cálido de alguien en mi rostro húmedo, un aroma conocido me da paz, y reconozco el brillo de los ojos de mi madre.